



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

.... Nadie diga que es suyo el retrato, sino que hay muchos diablos que se parecen unos á otros. El que se hallare tiznado, procure lavarse, que esto le importa más que hacer crítica y exámen de mi pensamiento, de mi locucion, de mi idea, ó de los demás defectos de la obra.

TORRES VILLARROEL *en su prólogo de la
Barca de Aqueronte.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA LA VENTANILLA
U. A. N. L.

Tip. Clarke y Macias. Tiburcio n. 2.

VIDA Y HECHOS
DE
PERIQUILLO SARNIENTO

ESCRITA POR ÉL
PARA SUS HIJOS.

CAPITULO PRIMERO.

Comienza PERIQUILLO escribiendo el motivo que tuvo para dejar á sus hijos estos cuadernos, y da razon de sus padres, patria, nacimiento y demás ocurrencias de su infancia.

DOSTRADO en una cama muchos meses hace, batallando con los médicos y enfermedades, y esperando con resignacion el dia en que, cumplido el órden de la Divina Providencia háyais de cerrar mis ojos, queridos hijos míos, he pensado dejaros eseritos los nada raros sucesos de mi vida, para que os sepais guardar y precaver de muchos de los peligros que amenazan y aun lastiman al hombre en el discurso de sus dias.

Deseo que en esta lectura aprendais á desechar muchos errores que notareis admitidos por mí y por otros, y que prevenidos con mis lecciones, no os espongais á sufrir los malos tratamientos que yo he sufrido por mi culpa; satisfechos de que mejor es aprovechar el desengaño en las cabezas ajenas que en la propia.

Os suplico encarecidamente que no os escandaliceis con los extravíos de mi mocedad, que os contaré sin rebozo y con bastante confusión; pues mi deseo es instruiros y alejaros de los escollos donde tantas veces se estrelló mi juventud, y á cuyo mismo peligro quedais expuestos.

No creais que la lectura de mi vida os será demasiado fastidiosa, pues como yo sé bien que la variedad deleita el entendimiento, procuraré evitar aquella monotonía ó igualdad de estilo que regularmente enfada á los lectores. Así es que unas veces me advertireis tan sério y sentencioso como un Catón; y otras tan trivial y bufon como un Bertoldo. Ya leereis en mis discursos, retazos de erudición y rasgos de elocuencia; y ya vereis seguido un estilo popular mezclado con los refranes y *paparruchadas* del vulgo.

Tambien os prometo, que todo esto será sin afectación ni pedantismo; sino segun me ocurra á la memoria, de donde pasará luego al papel, cuyo método me parece el más análogo con nuestra natural veleidad.

Ultimamente, os mando y encargo, que estos cuadernos no salgan de vuestras manos, porque no se hagan el objeto de la maledicencia de los necios ó de los inmorales; pero si teneis la debilidad de prestarlos alguna vez, os suplico no los presteis á esos señores, ni á las viejas hipócritas, ni á los curas interesables y que saben hacer negocio con sus feligreses vivos y muertos, ni á los médicos y abogados chapuceros, ni á los escribanos, agentes, relatores y procuradores ladrones, ni á los comerciantes usureros, ni á los albaceas herederos, ni á los padres y madres indolentes en la educación de su familia, ni á las beatas necias y supersticiosas, ni á los jueces venales, ni á los corchetes pícaros, ni á los alcaides tiranos, ni á los poetas y escritores remendones como yo, ni á los oficiales de la guerra y soldados fanfarrones hazañeros, ni á los ricos avaros, necios, soberbios y tiranos de los hombres, ni á los pobres que lo son por flojera, inutilidad ó mala conducta, ni á los mendigos fingidos; ni

los presteis tampoco á las muchachas que se alquilan, ni á las mozas que se corren, ni á las viejas que se afeitan, ni..... pero va larga esta lista. Basta deciros, que no los presteis ni por un minuto á ninguno de cuantos advirtiereis que les tocan las generales en lo que leyeren; pues sin embargo de lo que asiento en mi prólogo, al momento que vean sus interiores retratados por mi pluma, y al punto que lean alguna opinión, que para ellos sea nueva ó no conforme con sus extraviadas ó depravadas ideas, á ese mismo instante me calificarán de un necio, harán que se escandalizan de mis discursos, y aún habrá quien pretenda quizá que soy herege, y tratará de delatar me por tal, aunque ya esté convertido en polvo. ¡Tanta es la fuerza de la malicia, de la preocupacion ó de la ignorancia!

Por tanto, ó leed para vosotros solos mis cuadernos, ó en caso de prestarlos sea únicamente á los verdaderos hombres de bien, pues éstos, aunque como frágiles yerren ó hayan errado, conocerán el peso de la verdad sin darse por agraviados, advirtiendo que no hablo con ninguno determinadamente, sino con todos los que traspasan los límites de la justicia; mas á los primeros (si al fin leyeren mi obra) cuando se incomoden ó se burlen de ella, podreis decirles, con satisfaccion de que quedarán corridos: “¿de qué te alteras? ¿qué mofas, si con distinto nombre de tí habla la vida de este hombre desarreglado?” (1)

Hijos míos: despues de mi muerte leereis por primera vez estos escritos. Dirigid entónces vuestros votos por mí al trono de las misericordias: escañentad en mis locuras: no os dejéis seducir por las falsedades de los hombres: aprended las máximas que os enseño, acordandoos que las aprendí á costa de muy dolorosas esperiencias: jamas alabeis mi obra, pues ha tenido mas parte en ella el deseo de aprovecharos; y empapados en estas consideraciones, comenzad á leer.

(1) ¿Quid rides? mutato nomine, de te fabella narratur.

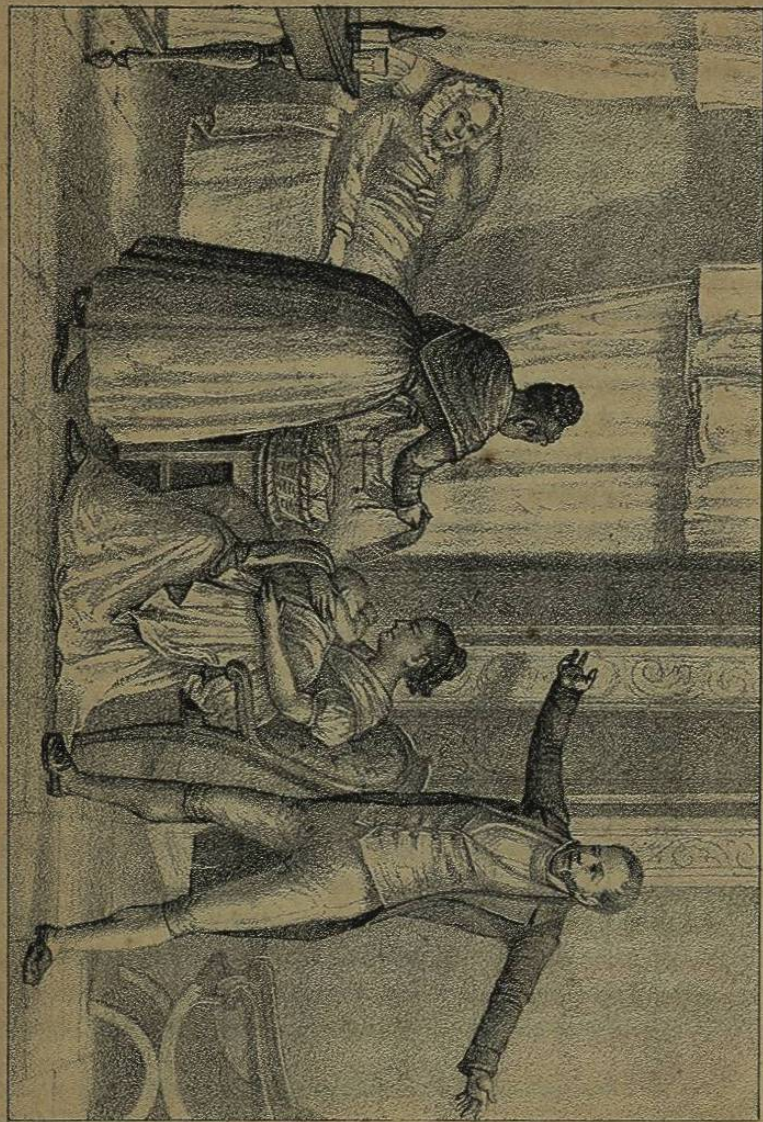
Mi patria, padres, nacimiento y primera educacion.

NACI en México, capital de la América Septentrional, en la Nueva—España. Ningunos elogios serian bastantes en mi boca para dedicarlos á mi cara patria; pero, por serlo, ningunos más sospechosos. Los que la habitan y los extranjeros que la han visto, pueden hacer su panegírico más creible, pues no tienen el estorbo de la parcialidad, cuyo lente de aumento puede á veces disfrazar los defectos, ó poner en grande las ventajas de la patria aun á los mismos naturales; y así, dejando la descripción de México para los curiosos imparciales, digo: que nací en esta rica y populosa ciudad por los años de 1771 á 73, de unos padres no opulentos, pero no constituidos en la miseria: al mismo tiempo que eran de una limpia sangre, la hacian lucir y conocer por su virtud. ¡Oh, si siempre los hijos siguieran constantemente los buenos ejemplos de sus padres!

Luego que nací, despues de las lavadas y demas diligencias de aquella hora, mis tías, mis abuelas y otras viejas del antiguo cuño, querian amarrarme las manos, y fajarme ó liarme como un cohete, alegando, que si me las dejaban sueltas, estaba yo propenso á espartarme, á ser muy *manilargo* (1) de grande, y por último, y como la razon de mas peso y el argumento más incontrastable, decian, que este era el modo con que á ellas las habian criado, y que por tanto, era el mejor y el que se debía seguir como más seguro, sin meterse á disputar para nada del asunto; porque los viejos eran en todo más sabios que los del día, y pues ellos amarraban las manos á sus hijos, se debía seguir su ejemplo á ojos cerrados.

A seguida, sacaron de un canastito una cincha de liston que llamaban *faja de dijes*, guarnecida con *manitas de azabache*, el ojo del

(1) Suele darse á entender con esta palabra, un atrevido dispuesto á dar golpes por motivos ligeros.—E. E.



venado, colmillo de caimán y otras baratijas de esta clase, disque para engalanarme con estas reliquias del supersticioso paganismo, el mismo día que se había señalado para que en boca de mis padrinos fuera yo á profesar la fé y santa religion de Jesucristo.

¡Válgame Dios cuánto tuvo mi padre que batallar con las preocupaciones de las benditas viejas! ¡Cuánta saliva no gastó para hacerles ver que era una quimera y un absurdo pernicioso el liar y atar las manos á las criaturas! ¡Y qué trabajo no le costó persuadir á estas ancianas inocentes á que el azabache, el hueso, la piedra ni otros amuletos de esta ni ninguna clase, no tienen virtud alguna contra el aire, rábía, mal de ojo, y semejantes faramallas!

Así me lo contó su merced muchas veces, como también el triunfo que logró de todas ellas, que á fuerza ó de grado accedieron á no aprisionarme, á no adornarme sino con un rosario, la santa cruz, un relicario y los cuatro evangelios, y luego se trató de bautizarme.

Mis padres ya habían citado los padrinos, y no pobres, sencillamente persuadidos á que en el caso de orfandad me servirían de apoyo.

Tenían los pobres viejos ménos conocimiento de mundo que el que yo he adquirido, pues tengo muy profunda experiencia de que los más de los padrinos no saben las obligaciones que contraen respecto á los ahijados, y así creen que hacen mucho con darles medio real cuando los ven, y si sus padres mueren, se acuerdan de ellos como si nunca los hubieran visto. Bien es verdad, que hay algunos padrinos que cumplen con su obligación exactamente, y aún se anticipan á sus propios padres en proteger y educar á sus ahijados. ¡Gloria eterna á semejantes padrinos!

En efecto, los míos ricos me sirvieron tanto como si jamás me hubieran visto; bastante motivo para que no me vuelva á acordar de ellos. Ciertamente que fueron tan mezquinos, indolentes y mentecatos, que por lo que toca á lo poco ó nada que les debí ni de chico ni de grande, parece que mis padres los fueron á escoger de los más miserables del hospicio de pobres. Reniego de semejantes pa-

drinos, y más reniego de los padres que *haciendo comercio del Sacramento del Bautismo*, no solicitan padrinos virtuosos y honrados, sino que posponen éstos á los compadres ricos ó de rango, ó ya por el rastrero interes de que les den una friolera á la hora del bautismo, ó ya néciamente confiados en que quizá, pues, por una contingencia ó extravagancia del orden ó desórden comun, serán útiles á sus hijos despues de sus dias. Perdonad, pedazos míos, estas digresiones que rebozan naturalmente de mi pluma y no serán muy de tarde en tarde en el discurso de mi obra.

Bautizáronme, por fin, y pusieronme por nombre *Pedro*, llevando despues, como es uso, el apellido de mi padre, que era *Sarmiento*.

Mi madre era bonita, y mi padre la amaba con extremo: con esto, y con la persuasion de mis discretas tías, se determinó *nemine discrepante*, [1] á darme nodriza ó chichigua como acá decimos.

¡Ay hijos! Si os casareis algun dia y tuviéreis sucesion, no la encomendeis á los cuidados mercenarios de esta clase de gentes; lo uno, porque regularmente son abandonadas, y al menor descuido son causa de que se enfermen los niños, pues como no los aman y solo los alimentan por su mercenario interes, no se guardan de hacer cóleras, de comer mil cosas que dañan su salud, y de consiguiendo la de las criaturas que se les confian, ni de cometer otros excesos perjudiciales, que no digo por no ofender vuestra modestia; y lo otro, porque es una cosa que escandaliza á la naturaleza que una madre racional haga lo que no hace una burra, una gata, una perra, ni ninguna hembra puramente animal y destituida de razon.

¿Cuál de estas fia el cuidado de sus hijos á otro bruto, ni aún al hombre mismo? ¿Y el hombre dotado de razon ha de atropellar las leyes de la naturaleza, y abandonar á sus hijos en los brazos alquilados de cualquiera india, negra ó blanca, sana ó enferma, de buenas

(1) Esta fórmula usada en la Universidad, quiere decir en castellano: *sin oposición*, unánimemente.—E. E.

ó depravadas costumbres, puesto que en teniendo leche, de nada más se informan los padres, con escándalo de la perra, de la gata, de la burra y de todas las madres irracionales?

¡Ah! Si estas pobres criaturas de quienes hablo, tuvieran sindéresis, al instante que se vieran las inocentes abandonadas de sus madres, cómo dirían llenas de dolor y entusiasmo: mujeres crueles, ¿por qué teneis el descaro y la insolencia de llamaros madre? ¿Conoceis acaso la alta dignidad de una madre? ¿Sabeis las señales que la caracterizan? ¿Habeis atendido alguna vez á los afanes que le cuesta á una gallina la conservacion de sus pollitos? ¡Ah! No. Vosotras nos concebisteis por apetito, nos paristeis por necesidad, nos llamais hijos por costumbre, nos acariciáis tal cual vez por cumplimiento, y nos abandonais por un demasiado amor propio ó por una execrable lujuria. Sí, nos avergonzamos de decirlo; pero señalad con verdad, si os atreveis, la causa por que os somos fastidiosos. A excepcion de un caso gravísimo en que se interese vuestra salud, y cuya certidumbre es preciso que la autorice un médico sabio, virtuoso y no forjado á vuestro gusto, decidnos: ¿os mueven á este abandono otros motivos mas paliados que el de no enfermaros y aniquilar vuestra hermosura?

Ciertamente no son otros vuestros criminales pretextos, madres crueles, indignas de tan amable nombre; ya conocemos el amor que nos teneis, ya sabemos que nos sufristeis en vuestro vientre por la fuerza, y ya nos juzgamos desobligados del precepto de la gratitud; pues apenas podeis, nos arrojais en los brazos de una extraña, cosa que no hace el bruto más atroz. Así se produjeran estos pobrecillos si tuvieran expeditos los usos de la razon y de la lengua.

Quedé, pues, encomendado al cuidado ó descuido de mi *chichigua*, quien seguramente carecia de buen natural, esto es, de un espíritu bien formado; porque si es cierto que los primeros alimentos que nos nutren nos hacen adquirir alguna propiedad de quien nos los ministra, de suerte que el niño á quien ha criado una cabra será no

mucho que salga demasiado travieso y saltador como se ha visto; si es cierto esto, digo: que mi primera nodriza era de un genio maldito, segun que yo salí de mal intencionado, y mucho más cuando no fué una sola la que me dió sus pechos, sino hoy una, mañana otra, pasado mañana otra, y todas, ó las más, á cual peores; porque la que no era borracha, era golosa: la que no era golosa estaba gálica: la que no tenia ese mal, tenia otro; y la que estaba sana, de repente resultaba en cinta, y esto era por lo que toca á las enfermedades del cuerpo, que por lo que toca á las del espíritu, rara seria la que estaria aliviada. Si las madres advirtieran, á lo ménos, estas resultas de su abandono, quizá no fueran tan indolentes con sus hijos.

No solo consiguieron mis padres hacerme un mal genio con su abandono, sino tambien enfermizo con su cuidado. Mis nodrizas comenzaron á debilitar mi salud, y hacerme resabido, soberbio é impertinente con sus desarreglos y descuidos; y mis padres la acabaron de destruir con su prolijo y mal entendido cuidado y cariño; porque luego que me quitaron el pecho, que no costó poco trabajo, se trató de crearme demasiado regalón y delicado; pero siempre sin direccion ni tino.

Es menester que sepais, hijos míos, (por si no os lo he dicho) que mi padre era de mucho juicio, nada vulgar, y por lo mismo se oponia á todas las candideces de mi madre; pero algunas veces, por no decir las más, flaqueaba en cuanto la veia afligirse ó incomodarse demasiado, y esta fué la causa porque yo me crié entre bien y mal, no solo con perjuicio de mi educacion moral, sino tambien de mi constitucion física.

Bastaba que yo manifestara deseo de alguna cosa, para que mi madre hiciera por ponérmela en las manos, aunque fuera injustamente. Supongamos: queria yo su rosario, el dedal con que cosia, un dulcesito que otro niño de casa tuviera en la mano, ó cosa semejante, se me habia de dar en el instante, y cuenta como se me negaba porque aturdiá yo el barrio á gritos; y como me enseñaron á darme

cuanto gusto queria porque no llorara, yo lloraba por cuanto se me antojaba para que se me diera pronto.

Si alguna criada me incomodaba, hacia mi madre que la castigaba, como para satisfacerme, y esto no era otra cosa que enseñarme á soberbio y vengativo.

Me daban de comer cuanto queria, indistintamente á todas horas sin orden ni regla en la cantidad y calidad de los alimentos, y con tan bonito método lograron verme dentro de pocos meses cursiento, barrigon y descolorido.

Yo, á mas de esto, dormia hasta las quinientas, y cuando me despertaban me vestian y envolvian como un tamal de piés á cabeza; de manera que, segun me contaron, yo jamás me levantaba de la cama sin zapatos, ni salia del *jonuco* sin la cabeza entrapajada. A más de esto, aunque mis padres eran pobres, no tanto que carecieran de proporciones para no tener sus vidrieritas: teníanlas en efecto, y yo no era dueño de salir al corredor ó al balcón sino por un raro accidente, y eso ya entrado el dia. Me economizaban los baños terriblemente, y cuando me bañaban por campanada de vacante, era en la recámara muy abrigada y con una agua bien caliente.

De esta suerte fué mi primera educacion física: ¿y qué podia resultar de la observancia de tantas preocupaciones juntas, sino el criarme demasiado débil y enfermizo? Como jamás, ó pocas veces me franqueaban el aire, ni mi cuerpo estaba acostumbrado á recibir sus saludables impresiones, al menor descuido las estrañaba mi naturaleza, y ya á los dos y tres años padecia catarros y costipados con frecuencia, lo que me hizo medio raquíitico. ¡Ah! no saben las madres el daño que hacen á sus hijos con semejante método de vida. Se debe acostumbrar á los niños á comer lo ménos que puedan, y alimentos de fácil digestion, proporcionados á la tierna elasticidad de sus estómagos: deben familiarizarlos con el aire y demás intemperies, hacerlos levantar á una hora regular, andar descalzos, con la cabeza sin pañuelos ni aforros, vestir sin ligaduras para que sus

fluidos corran sin embarazo, dejarlos travesear cuanto quieran, y siempre que se pueda al aire fresco, para que se agiliten y robustezcan sus nervicillos, y por fin, hacerlos bañar con frecuencia, y si es posible en agua fría, ó cuando no, tibia ó quebrantada como dicen. Es increíble el beneficio que resultaría á los niños con este plan de vida. Todos los médicos sabios lo encargan, y en México ya lo vemos observado por muchos señores de proporciones y despreocupados, y ya notamos en la calle multitud de niños de ambos sexos vestidos muy sencillamente, con sus cabecitas al aire, y sin más abrigo en las piernas que el túnico ó pantaloncito flojo. ¡Quiera Dios que se haga general esta moda para que las criaturas logren ser hombres robustos y útiles por esta parte á la sociedad!

Otra candidez tuvo la pobrecita de mi madre, y fué llenarme la fantasía de *cocos*, *viejos* y *macacos*, con cuyos extravagantes nombre me intimidaba cuando estaba enojada y yo no quería callar, dormir ó cosa semejante. Esta corruptela me formó un espíritu cobarde y afeminado, de manera que áun ya de ocho ó diez años, yo no podía oír un ruidito á media noche sin espantarme, ni ver un bulto que no distinguiera, ni un entierro, ni entrar en un cuarto oscuro, porque todo me llenaba de pavor; y aunque no creía entónces en el *coco*, pero sí estaba persuadido de que los muertos se aparecían á los vivos cada rato, que los diablos salían á rasguñarnos y apretarnos el pescuezo con la cola, cada vez que estaban para ello, que había bultos que se nos echaban encima, que andaban las ánimas en pena mendigando nuestros sufragios; y creía otras majaderías de esta clase, más que los artículos de la fé. ¡Gracias á un puñado de viejas necias que ó ya en clase de criadas ó de visitas, procuraban entretener al niño con cuentos de sus espantos, visiones y apariciones intolerables! ¡Ah! ¡qué daño me hicieron estas viejas! ¡de cuántas supersticiones llenaron mi cabeza! ¡Qué concepto tan injurioso formé entónces de la Divinidad, y cuán ventajoso y respetable hácia los diablos y los muertos! Si os casareis, hijos míos, no permitais á los vuestros que

se familiaricen con estas viejas supersticiosas, á quienes yo vea quemadas con todas sus fábulas y embelecos en mis días: ni les permitais tampoco las pláticas y sociedades con gente idiota, pues léjos de enseñarles alguna cosa de provecho, los imbuirán en mil errores y necesidades que se pegan á nuestra imaginacion más que una garrapata, pues en la edad pueril aprenden los niños lo bueno y lo malo con la mayor tenacidad, y en la adulta, tal vez no bastan ni los libros ni los sabios para desimpresionarlos de aquellos primeros errores con que se nutrió su espíritu.

De aquí proviene, que todos los días vemos hombres en quienes respetamos alguna autoridad ó carácter, y en quienes reconocemos bastante talento y estudio; y sin embargo les notamos caprichosamente adheridos á ciertas vulgaridades ridículas, y lo peor es, que están más aferrados á ellas que el codicioso Creso á sus tesoros; y así suelen morir abrazados con sus envejecidas ignorancias; siendo esto como natural, pues como dijo Horacio: *la vasija guarda por mucho tiempo el olor del primer aroma en que se infurtió cuando nueva.*

Mi padre era, como he dicho, un hombre muy juicioso y muy prudente; siempre se incomodaba con estas boberías: era demasiado opuesto á ellas; pero amaba á mi madre con extremo, y este excesivo amor era causa de que por no darle pesadumbre, sufriera y tolerara á su pesar, casi todas sus extravagantes ideas, y permitiera, sin mala intencion, que mi madre y mi tía se conjuraran en mi daño. ¡Válgame Dios, y qué consentido y malcriado me educaron! ¡A mí negarme lo que pedía, aunque fuera una cosa ilícita en mi edad ó pernicioso á mi salud? Era imposible: ¡reñirme por mis primeras groserías? De ningún modo; ¡refrenar los ímpetus primeros de mis pasiones? Nunca. Todo lo contrario. Mis venganzas, mis glotonerías mis necesidades y todas mis boberas pasaban por gracias propias de la edad, como si la edad primera no fuera la más propia para imprimirnos las ideas de la virtud y del honor.

Todos disculpaban mis estravíos y canonizaban mis toscos errores con la antigua y mal repetida cantinela de *déjelo vd.: es niño: es propio de su edad: no sabe lo que hace: ¿cómo ha de comenzar por donde nosotros acabamos?* y otras tonteras de este jaez, con cuyas indulgencias se pervertía más mi madre, y mi padre tenía que ceder á su impertinente cariño. ¡Qué mal hacen los hombres que se dejan dominar de sus mujeres, especialmente acerca de la crianza ó educación de sus hijos!

Finalmente, así viví en mi casa los seis años primeros que ví el mundo. Es decir: viví como un mero animal, sin saber lo que me importaba saber, y no ignorando mucho de lo que me convenia ignorar.

Llegó por fin el plazo de separarme de casa por algunos ratos, quiero decir: me pusieron en la escuela, y en ella ni logré saber lo que debía, y supe como siempre, lo que nunca habia de haber sabido, y todo esto por la irreflexiva disposición de mi querida madre; pero los acaecimientos de esta época, os los escribiré en el capítulo siguiente.

REPOSICIÓN DE LIBRO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
1875

CAPITULO II.

En el que PERIQUILLO da razon de su ingreso á la escuela, los progresos que hizo en ella, y otras particularidades que sabrá el que las leyere, las oyere leer, ó las preguntare.

HIZO sus mohinas mi padre, sus pucheritos mi madre, y yo un monton de alharacas y berrinches revueltos con mil lágrimas y gritos; pero nada valió para que mi padre revocara su decreto. Me encajaron en la escuela mal de mi grado.

El maestro era muy hombre de bien; pero no tenia los requisitos

necesarios para el caso. En primer lugar era un pobre, y emprendió este ejercicio por mera necesidad, y sin consultar su inclinacion y habilidad; no era mucho que estuviera disgustado como estaba, y aún avergonzado en el destino.

Los hombres creen (no sé por qué) que los muchachos por serlo, no se entretienen en escuchar sus conversaciones ni las comprenden; y fiados en este error, no se cuidan de hablar delante de ellos muchas cosas que alguna vez les salen á la cara, y entónces conocen que los niños son muy curiosos y observativos.

Yo era uno de tantos, y cumplia con mis deberes exactamente.

Me sentaba mi maestro junto á sí, ya por especial recomendacion de mi padre, ó ya porque era el más bien tratadito de ropa que habia entre sus alumnos.

No sé qué tiene un buen exterior que se respeta hasta en los muchachos.

Con esta inmediacion á su persona no perdía yo palabra de cuantas proferia con sus amigos. Una vez le oí decir platicando con uno de ellos: “solo la maldita pobreza me puede haber metido á escuela; ro; ya no tengo vida con tanto muchacho condenado: ¡qué traviesos que son y qué tontos! por más que hago no puedo ver uno aprovechado. ¡Ah, fucha en el oficio tan maldito! ¡Sobre que ser maestro de una escuela es la última droga que nos puede hacer el “diablo!.....” Así se producía mi buen maestro, y por sus palabras conoceréis el candor de su corazón, su poco talento y el concepto tan vil que tenía formado de un ejercicio tan noble y recomendable por sí mismo, pues el enseñar y dirigir la juventud es un cargo de muy alta dignidad, y por eso los reyes y los gobiernos han colmado de honores y privilegios á los sabios profesores; pero mi pobre maestro ignoraba todo esto, y así no era mucho que formara tan vil concepto de una tan honrada profesion.

En segundo lugar, carecía como dije, de disposición para ella, ó de lo que se dice genio. Tenía un corazón muy sensible, le era re-